

## DE BUENAS LETRAS

# Escritoras granadinas en el olvido: Marina Murillo

AMELINA CORREA RAMÓN De la Academia de Buenas Letras de Granada

**D**ecía Gloria Fuentes que «lo mejor del olvido es el recuerdo». 'Olvido' y 'recuerdo' son palabras que encajarían en el caso de tantas y tantas escritoras que han ido quedando como pequeñas líneas marginales en las historias de la literatura, tan borrados sus nombres como sus obras.

Y para las letras de Granada quedan todavía por rescatar muchas de ellas, como es el caso de Marina Murillo Puerta, de quien hace unos años apenas pude escribir unos pocos datos medio hilvanados, pero hoy, gracias al destino que cruzó mis pasos con F. Julio Domingo de la Blanca, bisnieto de la autora, tengo la posibilidad de ofrecer una más completa semblanza a modo de justo homenaje.

Marina Murillo nació en Dúrcal en febrero de 1880, hija de Miguel Murillo Puerta, de Gualchos, y destinado como maestro en el pueblo del Valle de Lecrín, y de Rosa Puerta Melguizo, natural del mismo Dúrcal. Curiosamente, ambos progenitores eran descendientes de Pedro Hernández Rascón y Juana de la Puerta, repobladores de Dúrcal en época de Felipe II, tras la nefasta expulsión de los moriscos.

La familia se caracterizó por una vocación docente que heredarían tanto Marina como alguno de sus descendientes. En concreto, ella ejercería, entre otros lugares, en el pueblo alpujarreño de Murtas, donde están fechados varios de sus poemas, tras haber estudiado

en el Colegio Calderón de la capital granadina y hacer oposiciones de Magisterio en 1908. Pero cinco años antes se había casado con el también maestro Francisco Sánchez Aponte, aunque por lo que se puede deducir de la lectura de sus versos ('La autora en su soledad', 'Amor, abandono y amargura', 'Efectos del desengaño', etc.) no fue el suyo un matrimonio feliz, desconociéndose las circunstancias exactas. Quizás pueda arrojar algo de luz al respecto el número de la Gaceta de Madrid correspondiente al 14 de enero de 1900, donde Sánchez Aponte aparece como excluido de la opción a una plaza docente «por hallarse sometido a expediente gubernativo» [sic].

La vida de Marina fue corta, víctima de la epidemia de gripe de 1918, mientras ejercía en Bailén. Tan sólo treinta y ocho años, dejando tres hijos de corta edad, y un legado literario que sería recuperado por una de sus nietas. No sólo cultivó la poesía, con colaboraciones en revistas, y numerosos inéditos, sino que también, aunando la vocación pedagógica con el gusto por las letras, escribió diversas obras dramáticas que montaba con sus alumnas.

Llevaba tan en la sangre la importancia de la educación que la plasmó en composiciones como 'La labor del maestro'. Al parecer, murió delirando mientras recitaba las tablas de multiplicar que repitiera durante años en su escuela.